

La oración de Jabés

The Prayer of Jabez

© Hugo Bouter y Frank Wallace

© edición en inglés: Chapter Two, 2006

© edición en castellano: Textorigen, 2016

1ª edición: abril de 2016

Traducción: Ezequiel Marangone y David Sanz

ISBN 978-1-326-62829-1

Impreso por Lulu.com

Fotos portada: iStock, Pixabay

Diseño: Textorigen

Las citas bíblicas corresponden a la versión RV 1977

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio autorizado, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Hugo Bouter

La oración de Jabés
Pidiendo crecer

1 Crónicas 4,9-10

ÍNDICE

Sus orígenes.....	13
Su nombre.....	17
Su oración.....	19
(1) «¡Oh, si me dieras bendición!».....	19
(2) Jabés oraba para que su territorio fuera ensanchado.....	20
(3) Jabés ruega a Dios: «y si tu mano estuviera conmigo».....	22
(4) «Y me libraras de mal».....	24
(5) «Para que no me dañe» o «para que no me cause dolor» (V.M.).....	31



1.º Crónicas 4,9-10

«Jabés fue más ilustre que sus hermanos, al cual su madre llamó Jabés, diciendo:
por cuanto lo di a luz en dolor.

»E invocó Jabés al Dios de Israel:
¡oh, si me dieras bendición y ensancharas
mi territorio y tu mano estuviera conmigo y
me libraras de mal, para que no me dañe!

»Y le otorgó Dios lo que pidió...».



Sus orígenes

¿Acaso Jabés es sólo una persona desconocida que por algún oscuro motivo aparece en los registros de las Crónicas? Sería erróneo pensar así, pues el Espíritu de Dios le dedica a este hombre dos importantes versículos, los cuales no sólo no han perdido su valor sino que además logran que nos intere-semos por la lista de nombres que aparecen en ellos.

¿Quién fue Jabés? Es probable que haya sido un descendiente de los ceneos que luego

fue incorporado a la tribu de Judá (Jue 1:16; 4:11; 1 S 1:6; 1 Cr 2:55). Por lo tanto, inicialmente no pertenecía al pueblo de Dios. Utilizando las palabras que Pablo escribió en Efesios 2:12, podemos decir que Jabés estaba alejado de la ciudadanía de Israel y ajeno a los pactos de la promesa. Efectivamente, sólo por la bondad de Dios recibió un lugar en dicha nación, y nada menos que en la tribu de Judá, que significa «alabanza».

En este pasaje de 1 Crónicas 4 hallamos la oración que Jabés eleva para alabar a su Dios, al nuevo Dios que había hallado. Como leemos en estos versículos, él invoca al Dios de Israel. Esto confirma el pensamiento de que como extranjero se había unido a la nación de Dios y había hallado refugio en el Dios de Israel, tal como en tiempos anteriores lo habían hecho Rahab y Rut.

Jabés comprendió que estaría seguro bajo la protección de este Dios, el Dios vivo

y verdadero, por lo cual se encomienda por completo a Él. La oración de este hombre es un testimonio de su gran fe.

Su nombre

La historia de Jabés comienza con dolor y tristeza. La palabra «dolor» es utilizada dos veces. Su madre le había dado el nombre de Jabés (= que causa dolor) debido a que ella lo había dado a luz con mucho sufrimiento (v. 9c). Jabés pide en oración ser librado del daño del mal (v. 10d)

Aun cuando fue un hijo nacido del dolor, fue prominente entre sus hermanos. Leemos que incluso más ilustre que ellos (v. 9a). Jabés nos hace pensar en Benjamín, quien fue

llamado por Raquel «hijo de mi aflicción», pero a quien Jacob llamó «hijo de mi diestra» (Gn 35,18). El sufrimiento y la aflicción son consecuencias del pecado del hombre («con dolor darás a luz los hijos» — Gn 3,16).

Pero a estos sufrimientos les sigue la gloria: la gloria de Dios que se revela en toda la tierra, la gloria que a la diestra de Dios es ahora real para la fe. Fue real para Benjamín como también lo fue para Jabés. Pero, sobre todo, es aplicable al Señor Jesús y también a nosotros como cristianos. Los sufrimientos de la cruz fueron seguidos por la exaltación de Cristo a la diestra de Dios en los cielos. Como creyentes, también somos llamados a participar de los sufrimientos de Cristo, y debido a que el Espíritu de gloria reposa sobre nosotros sabemos que un día seremos glorificados juntamente con Él (1 P 4,13-14).

Su oración

Detengámonos en algunos detalles de la oración de Jabés. Podemos dividirla en cinco partes:

(1) «¡Oh, si me dieras bendición...!»

Jabés reconocía que el Dios de Israel al que él estaba invocando era la Fuente de toda bendición. Como también nos enseña Santiago: «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las

luces...» (Stg 1,17). Jabés, consciente de esto, tenía una gran fe y podía entonces orar por una bendición abundante. Sin lugar a dudas, su fe no fue despreciada. Esto mismo puede aplicarse a nosotros. Nuestro Señor, en su gracia, nos ha dado vida y vida en abundancia (Jn 10,10). Como cristianos sabemos que hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1,3). Todo esto nos conduce a considerar la segunda parte.

(2) Jabés oraba para que su territorio fuera ensanchado

Cristo se hizo pobre para que nosotros fuéramos enriquecidos. En Él, en el Hombre que está a la diestra de Dios, nosotros tenemos una herencia celestial. Poseemos un rico campo de bendiciones espirituales y eternas en los lugares celestiales, un hogar mucho mejor que la tierra de Canaán. En

este sentido, todos los creyentes somos «hacendados» que esperan un ensanchamiento de su territorio.

Hallamos un hermoso ejemplo de esto en el Antiguo Testamento, cuando Josué recibió la promesa: «Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pise la planta de vuestro pie» (Jos 1,3). Nosotros también deberíamos conquistar paso a paso la Tierra Prometida y reclamar la herencia que nos ha sido dada en Cristo. Cuando Él nos otorga la victoria sobre nuestros enemigos, podemos decir como Isaac: «Porque ahora Jehová nos ha prosperado, y fructificaremos en la tierra» (Gn 26,22c).

Es en este sentido que Jabés deseaba ensanchar su territorio. Acsá, la hija de Caleb, tenía un deseo similar. Ella pidió tierras y también fuentes de aguas (Jos 15,18-19; Jue 1,14-15). Y se le concedió lo que pedía. De la misma manera leemos acerca de Jabés: «Y le

otorgó Dios lo que pidió». Dios desea bendecirnos; es su deseo porque Él nos contempla favorablemente en Cristo.

**(3) En tercer lugar, Jabés ruega a Dios:
«y si tu mano estuviera conmigo...»**

Él no confiaba en sus propias fuerzas ni en su conocimiento, sino que descansaba en la guía y la ayuda divinas. Deseaba ser llevado por la mano de Dios, de manera que pone —por así decirlo— su mano en la mano de Dios. Jabés conocía muy bien los milagros que esas poderosas manos eran capaces de hacer. Con mano poderosa Israel había sido librado de Egipto y llevado a la tierra de Canaán (Éx 6,1; 14,8). ¿Acaso la mano del Señor puede acortarse? (Nm 11,23). «La mano de Dios es para bien sobre todos los que le buscan» (Esd 8,22). ¿Hemos puesto nuestra mano en la de Dios? ¿Reconocemos que el Señor está a nuestro favor y que por lo tan-

to todos los poderes que nos hostigan deben retroceder? (Rm 8,31).

No cabe duda de que la oración de Jabés recibiría una respuesta. Fue hecha con tanto fervor y sinceridad que Dios se complació en contestarla. El hombre que la hizo era alguien real, pedía seriamente por aquello que quería y esto merecía que Dios se lo concediese. Dios desea bendecir a gente así y se complace en hacerlo.

Me pregunto hasta qué punto deseamos en realidad la bendición y por qué razón. En Jacob tenemos a un hombre a solas con Dios luchando con el ángel, y cuando llegó el momento en que el ángel quería dejar a Jacob, éste le contesta: «No te dejaré si no me bendices; quiero que me bendigas» (Gn 32,26). Jacob ansiaba la bendición y la obtuvo. Su nombre fue cambiado como indicación de que era un príncipe de Dios, y aunque cojeó el resto de su vida la fuerza de la carne

quedó anulada y llevó su nuevo nombre con dignidad.

(4) «Y me libraras de mal» es la cuarta parte de la oración de Jabés

Esta expresión puede interpretarse de dos maneras: el mal como pecado, o el mal como algo que nos daña; por ejemplo, algo adverso. Nosotros no seremos guardados siempre de recibir daños. Para los israelitas, sin embargo, la prosperidad terrenal era una clara señal del favor de Dios. Cuando un israelita era protegido de sufrir daños, esto significaba que la mano de Dios estaba sobre él. Para nosotros, que somos cristianos, las cosas son muy diferentes ya que nuestras bendiciones pertenecen a otro nivel, tienen un carácter espiritual y celestial.

No obstante, como discípulos de Cristo también debemos pedir en oración que

seamos guardados de la tentación y librados del mal (cfr. Mt 6:13). En cuanto al mal en el sentido de cometer actitudes o hechos pecaminosos, también es nuestra responsabilidad huir de tales males (cfr. Job 1:1).

En Josué vemos a la nación adentrándose con fuerza en la tierra. Dios estaba con ellos; sus enemigos habían sido derrotados. No poseyeron toda la tierra a causa de sus errores, pero aquellos eran los días de más esplendor de su historia, momentos de poder y de gloria. Entonces cambia la escena y llegamos al libro de los Jueces, a los días de debilidad y decadencia, a un tiempo de fracasos y abandono. Pero justo al comenzar el libro, volvemos a ver la maravillosa historia de Acsá y Otoniel (1,11-15).

Me parece que el Espíritu de Dios ha querido inspirar desde un comienzo esta historia de los fracasos para indicarnos que siempre habrá una bendición para aquellos

que la desean y están preparados para sacrificarse por ella. Igual que Otoniel luchó hasta someter la ciudad y Acsá deseó la bendición, si en tiempos de poca fuerza y debacle hay enemigos que vencer la bendición también se encuentra al final de todo. Mi duda es si la deseamos lo suficiente como para adquirirla.

Todo cristiano debería tener el deseo de expandir su conocimiento de la voluntad de Dios, saber más de ella y caminar gozándose en esta bendición. Hablando de un modo objetivo, ya podemos obtener todo tipo de bendiciones en nuestro Señor Jesucristo. Pablo dice: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Ef 1,3).

Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en Cristo y lo ha hecho de manera soberana. Pero luego hay otras bendiciones que se adquieren a través del ejerci-

cio y la fidelidad, aplicándonos a las cosas de Dios cuando ya son nuestras por posesión y podemos disfrutarlas de verdad, conocerlas y practicarlas de manera coherente.

Jabés deseaba el ensanchamiento de sus costas, de su territorio. Una vez más, esto guarda relación con el libro de Josué por el momento de tomar posesión de la tierra, el instante de que el pueblo de Dios se ensanchara. Una cosa era entrar en la tierra, y otra muy diferente poseerla. Dios le dijo a Josué que fuera valiente y saliese a poseerla (1,6-7, 9). Era la tierra de ellos, Dios se la había dado, pero había que vencer a los enemigos y destruirlos antes de que pudieran disfrutarla. Había una intención detrás, y era que tenían que imponer un diezmo para retornárselo a Dios. En respuesta a Él, había que ofrecerle los primeros frutos de la tierra.

Este asunto de la posesión es una cosa muy seria. A Caleb se le dio una determina-

da porción de la tierra y Dios le dijo que la poseería por haber mostrado una total devoción al seguirle (Nm 14,24). Era un hombre íntegro que no dudaba de su fe en ningún momento y la vivía para Dios. Pensad en lo que significó para este hombre fiel, que tenía la fe y el coraje suficientes para entrar en la tierra y poseerla, tener que pasar de largo de la Tierra Prometida y deambular cuarenta años por el desierto con una generación impía, esperar a que fuera destruida y acabara de crecer la nueva generación que entrase con él. Pensad en lo mucho que debió de dolerle el corazón a este hombre respetable y sin embargo nunca cambió de opinión; siguió adelante hasta que llegó el momento en que dijo: «Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió [hace cuarenta años]» (14,11).

Qué prueba para los que nos hacemos viejos. Si es el servicio lo que dirige nuestra vida, llegará un punto en que seremos inca-

paces de darlo por culpa de la edad y lamentaremos no poder hacer aquellas cosas que nuestro corazón desea. Pero si es Dios quien lo llena a pesar de que no le sirvamos, también será quien nos brinde su apoyo y nos sostenga. Así lo hizo con Caleb. Atravesó el desierto consciente de Su apoyo y llevando la verdad de Dios en el alma, y cuando llegó la hora de poseer la tierra, dijo: «Todavía estoy tan fuerte como hace cuarenta años». ¡Qué hombre de fe! Tomó posesión de ella con valentía y fue ensanchado en su fe al seguir al Señor sin reservas.

Hechos 9 contiene un pasaje muy completo (v 31): «las asambleas tenían paz..., eran edificadas andando en el temor del Señor y se acrecentaban fortalecidas por la consolación del Espíritu Santo». Crecían, no disminuían. Leemos en tres ocasiones que la palabra de Dios se acrecentaba.

Donde haya compañías de creyentes que muestren respeto por la palabra de Dios y la obedezcan, habrá crecimiento, y allí donde la Palabra es aplicada a la vida individual y colectiva seguramente el resultado será de progreso. Este versículo suele plantear un reto para mí. ¿Por qué disminuimos en lugar de crecer? No podemos culpar a Dios, eso sería una blasfemia. La culpa no la tienen las verdades que hemos aprendido, pues se han ido forjando en nosotros por la inquietud y el interés. No contienen errores, y no dudamos en absoluto de ellas.

Entonces, el problema puede que sea nuestro, lo que motiva un retraso del crecimiento. Tal vez el temor del Señor no se manifiesta y el consuelo y el ejercicio del espíritu Santo no ocupan nuestras vidas por causa de nuestras estupideces, así que tenemos que examinarnos y preguntarnos por qué falta el crecimiento espiritual, tanto a nivel personal como colectivo. No tiene que obedecer ne-

cesariamente a algo numérico (aunque nos gustaría que fuera así), dado que el número no siempre es señal de un crecimiento propiciado por la voluntad del Señor, pero sería un sano indicio ver cómo las almas se salvan y se suman a nuestras comunidades al ser dirigidas por el Señor y conforme a la verdad. Todos estos conceptos pueden ser aplicados a la quinta parte de la oración:

(5) «Para que no me dañe» o «para que no me cause dolor» (V.M.)

Es muy triste que las personas cedan al mal y luego sean traspasadas con muchos dolores (1 Ti 6:10). El Señor desea protegernos de todo esto, pero debemos caminar con Él. No obstante, vivimos en una creación sujeta a la futilidad, en un valle de lágrimas y de dolores, de manera que, tarde o temprano, hallaremos en nuestros caminos dolores y tristezas. Pero si nos encomendamos

al Señor, el daño nunca más nos provocará «dolor».

No podemos olvidarnos de Jn 10,28-29. Tenemos al Señor Jesús como buen Pastor, Su mano y la del Padre, en las que el creyente se siente seguro. Nada puede arrebatarse de las manos del buen Pastor o de la mano del Padre. Tienen un poder infinito e invencible, y las ovejas se sienten perfectamente a salvo en esta doble salvaguarda.

Pensamos luego en esa maravillosa revelación de Apocalipsis 1, en la visión del carácter judicial del Señor entre los santos que atermoriza a Juan porque esta vez no está recostado al lado del Hijo, como en su evangelio (13,23). El apóstol está en presencia de Aquel que camina en medio de las asambleas y detecta las buenas y malas acciones con su mirada escrutadora. Juan cae como muerto y lleno de terror ante esta visión, pero el Señor pone su mano derecha sobre él, y le dice:

«No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos» (Ap 1:17-18).

Todo está en Sus manos y Él sabrá cómo solucionar el mal a su debido momento. No es posible imaginar que el mal triunfe o vaya a ganar. Él tiene la solución para que no ocurra. ¡Qué consuelo fue para Juan notar esa mano tan familiar que le tocaba y le levantaba! A nosotros también nos consuela más de una vez en los momentos de poca fuerza, fracaso y desánimo (todos los sentimos en algún momento) y el Señor se presenta como nadie más podría para alentar nuestros corazones, levantarnos el ánimo y darnos nuevas fuerzas para seguir, lo cual puede verse reflejado en la diestra del poder y del consuelo.

A veces nos encontramos con el problema de que las oraciones no reciben respuesta. En las Escrituras hay ejemplos de oracio-

nes así, pero deberíamos saber que si Dios contesta que no es porque en su infinita sabiduría ha dado ya una respuesta, ejerciendo el derecho que tiene de hacerlo. Pero Él no deja de brindarnos su ayuda, como se la brindó al apóstol Pablo en 2 Corintios 12. Los recursos infinitos de la gracia y la piedad permanecen siempre a nuestra disposición, aunque la respuesta sea negativa. Dios contestó claramente a Pablo y también le ofreció una salida: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Co 12,9). Pablo aceptó de buen grado la respuesta de Dios, ya que quería experimentar en su vida el poder maravilloso de Cristo y el de Su resurrección.

La oración de Jabés, que seguramente tiene mucho que enseñarnos, fue contestada. El versículo 10 acaba diciendo: «Y le otorgó Dios lo que pidió». Dios escucha nuestras oraciones, estemos seguros de ello, especialmente en relación con las bendiciones espi-

rituales y el crecimiento en la gracia. ¡Es el feliz mensaje que resuena con estas últimas palabras y nos anima a seguir el ejemplo de Jabés!

amo que estáis con él en el camino, no se el adversario te entregue al juez, y el de quien te digo que no saldrás de allí has que pagues el último cuadrante.

Sobre el adulterio

27 «Ostéis que fue dicho: "No cometerás adulterio". 28 Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. 29 «Por tanto, si tu ojo derecho no se pierda uno de tus miembros, y no se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. 30 Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala y échala de ti, pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.

Sobre el divorcio

31 «También fue dicho: "Cualquiera que repudia a su mujer, déle carta de divorcio". 32 Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere, y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.

Sobre los juramentos

33 «Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: "No jurarás en falso, sino cumplirá al Señor tus juramentos": ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. 34 Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. 37 Pero sea vuestro hablar: "Sí, sí" o "No, no", porque lo que es más de esto, de mal procede.

Sobre la venganza

38 «Ostéis que fue dicho: "Ojo por ojo y diente por diente". 39 Pero yo os digo: No te vengas a la otra: déjale también la otra: no te vengas a la otra: déjale también la otra: no te obligue a llevar la cruz con él. 42 Al que quiera tomar el

que está en los cielos, que hace bien a los malos y a los buenos, y borra sus malos recompensas también? 41 ¿Y si saludas a tu hermano, ¿cómo lo saludas? 42 «No hacéis vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Sobre la limosna

6 «Guardaos de hacer vuestra limosna delante de los hombres para ser alabados de vuestro Padre que está en los cielos. 2 Cuando, pues, des limosna, no pongas trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, para que ya llenen su recompensa. 3 Pero cuando haces tu limosna, no sepa tu izquierda lo que tu derecha hace. 4 Para que sea tu limosna secreta y tu Padre, que ve en lo secreto, compensará en público.

Sobre la oración

5 «Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, porque ellos aman el orar de vistoso en las esquinas de las sinagogas y en las plazas, para que los hombres los alabados. 6 Pero cuando tú oras, entra en tu cuarto, cierra la puerta, y habla en secreto a tu Padre, que ve en lo secreto. 7 «Y al orar no uséis palabras como los hipócritas, que se repiten como un molino de molino. 8 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 9 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 10 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 11 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 12 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 13 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 14 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 15 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 16 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 17 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 18 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 19 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 20 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 21 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 22 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 23 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 24 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 25 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 26 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 27 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 28 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 29 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 30 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 31 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 32 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 33 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 34 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 35 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 36 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 37 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 38 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 39 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 40 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 41 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 42 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 43 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 44 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 45 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 46 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 47 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 48 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 49 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 50 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 51 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 52 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 53 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 54 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 55 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 56 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 57 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 58 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 59 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 60 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 61 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 62 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 63 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 64 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 65 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 66 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 67 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 68 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 69 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 70 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 71 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 72 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 73 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 74 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 75 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 76 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 77 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 78 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 79 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 80 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 81 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 82 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 83 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 84 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 85 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 86 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 87 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 88 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 89 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 90 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 91 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 92 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 93 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 94 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 95 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 96 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 97 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 98 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 99 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios". 100 Pero no seáis como ellos, que dicen: "Padre, Padre, no nos escuches, porque tú eres nuestro Dios".

